

Un Ensayo de Ciudadanía

por Sebastián Salazar Bondy

Ingresar a la Universidad es, por sí solo, una especie de graduación. Todos los que hemos pasado por la prueba del examen inicial, con todas sus penurias y satisfacciones, podemos revivir el grato sabor del día en que vimos nuestro nombre en la lista de aprobados. Pero esa alegría juvenil y fresca se disipa rápidamente, en cuanto se descubre que ahí no reina la libertad, entendida ésta como atmósfera propicia para la búsqueda desinteresada de la verdad. Me parece que este contraste, el triunfo seguido de tan cerca por la primera derrota de la ilusión, ha constituido para buena parte de la juventud peruana el certificado de adultez. Al pisar la Universidad, al recorrer sus patios y sentarse en sus aulas, se adquiere así, automáticamente, la conciencia política subversiva.

Lo que la edad escolar fué, con respecto a las ideas, simpatía o capricho, se convierte en actitud y conducta. Los estudiantes no hacen política por "revoltosos", como suelen decir quienes han olvidado su juventud o quienes, por diversos azares, no la tuvieron. Hacen política porque sienten que no se puede estudiar con la simple finalidad de conseguir un cartón que certifique cierta especialidad. Conviene desconfiar de los alumnos del claustro académico que proclaman el ridículo principio de que están matriculados sólo para emprender una carrera. Los mejores, los que tienen el alma limpia, realizan en esa casa el aprendizaje cívico que les servirá para la plena ciudadana.

En cualquier universidad del mundo los estudiantes intervienen en facciones y partidos, como izquierdas o como derechas, sin ocultaciones ni temores. Entre nosotros, debido a que es imposible no sentir que en la organización docente hay algo que marcha mal, esa participación adquiere, no el carácter de debate y pugna normal que en otros lugares tiene, sino la indole rebelde, combativa, revolucionaria, que tanto resquemor provoca en las autoridades policiales. Tal reacción es natural y debiera ser aceptada como fruto explicable de un terreno que no es propicio a otra clase de floración. Mientras la Universidad sea lo que es—y huelga aquí presentar de nuevo su defectuosa organización y su equivoco sentido—, la

juventud que en ella esté y de ella egrese será también como es.

Cuando los estudiantes hablan de reforma, creo, puesto que no dejé de usar esa bandera cuando me tocó el turno, que se refieren esencialmente a la necesidad de imponer en la institución un sistema abierto y libre en el que su palabra no sea, como hasta hoy, la mera protesta que se rumia entre dientes o el texto de un libelo oral o escrito. Reforma equivale a presencia real del alumno en la Universidad, a opinión, a voto. Y eso está bien, porque la selección de los mejores nunca será más precisa que cuando, en el amplio juego democrático, los más capaces sobresalgan del resto.

El entusiasmo del ingreso se ve, hemos dicho, derrotado pronto por la realidad universitaria, que no difiere en nada o casi nada con la esfera colegial. No es cuestión de asistencias, horarios y obligaciones. Es cuestión de clima. Cuando se ha abandonado la educación secundaria el joven supone, por encima de sus nostalgias y sentimentalismos, que ha llegado el momento de entrar en la vida. Se tiene la impresión de que se canjea al fin la rutina por la diversidad de la verdadera existencia, compuesta de imaginación, inteligencia, lucha, compromiso, etc. No hay tal. Continúa la chatura. Y los más, contra ella, oponen su ingénita rebeldía.

Para la juventud no hay fantasmas: no se le puede pedir que abomine de esa ideología porque se dedica al crimen, que se aparte de esta otra porque su finalidad es el caos, que rechace la de más allá porque pone en peligro los valores fundamentales. Hay que dejarlo ser rojo, blanco y amarillo, y exigirle únicamente que lo sea honesta y sinceramente, sin rebasar los límites del derecho ajeno. Intentar que se conforme con la opacidad de la vejez sin valentía es invitarla a la defección. Si el estudiante, por el mero hecho de ostentar el título de universitario, se siente ciudadano, es obvio que se le permita ensayar en su mundo los derechos y deberes que más tarde ejercerá dentro de la comunidad nacional. No más amenazas sobre su cabeza, no más persecuciones, no más intimidaciones, pues el miedo sólo engendra timoratos o audaces, no auténticos conductores.

La Constitución y Mi Generación

Constitución Por Qué y Para Qué...

por Arturo Salazar Larraín